

La Prensa y el conocimiento

El número 7 de *Cuadernos de Periodistas*, la revista de la Asociación de la Prensa de Madrid (julio de 2006), se encabeza con una 'Carta del director' a los lectores sobre la influencia y mediación de los poderes políticos, culturales y deportivos. En este texto se afirma que la influencia es más intensa que la de los poderes económicos, aunque la opinión común mantiene el tópico del irresistible poder financiero.

Aquí entramos en una grave cuestión, que afecta sobre todo a la divulgación de la ciencia. ¿Cómo puede saber el público lo que puede beneficiarle? Aquí parece imponerse una acción en la que una educación científica de la gente y una orientación con sentido crítico por parte de los medios, de las asociaciones científicas y de otras instituciones, públicas y privadas, permita al ciudadano formarse una opinión sobre las prioridades de la investigación y sobre la utilidad práctica del conocimiento. No es fácil llevar a cabo una tarea de esta naturaleza, pero es urgente al menos iniciarla en algunos países, aunque no sea más que para ensayar y analizar posibles soluciones.

En este sentido, los comunicadores científicos tenemos una obligación que no nos es posible soslayar:

prestar ayuda al público para hacerle entender que nuestro papel no es sólo contar más cosas sobre ciencia, sino explicar de qué trata la ciencia; en líneas generales, hacerle ver, con todas las ayudas y orientaciones que nos parezcan necesarias, cuáles son los intereses reales de la gente y qué medios tiene de conocer cuáles son sus verdaderos intereses en este sector, hoy decisivo en las sociedades contemporáneas.

Quizá una vía de solución sería el análisis pormenorizado de los cambios del papel actual de la ciencia y los científicos, de los problemas con los que se enfrentan tanto los investigadores como los divulgadores para llevar al público un mensaje que se plantee definitivamente el doble reto de la divulgación del conocimiento: velar por el rigor de la ciencia y por que las informaciones acerca de estos temas lleguen al ciudadano con la máxima inteligibilidad y claridad posibles y, por supuesto, evitando toda la deformación y toda la interpretación que no se derive directamente de los hechos expuestos.

Previamente, serán necesarios más y mejor preparados periodistas y divulgadores científicos y el fortalecimiento de la enseñanza de las ciencias de la educación formal, abrir más

espacios de divulgación en los medios y arbitrar sistemas de relaciones habituales y francas entre científicos y periodistas. Para ello, los informadores necesitamos saber más sobre ciencia y los investigadores necesitan conocer mejor la comunicación al público.

Voy a concluir con una especie de silogismo. Si la ciencia y la tecnología tienen una influencia creciente y decisiva en nuestra vida cotidiana, y si los medios de comunicación deben reflejar e informar sobre esta vida cotidiana, parece que la conclusión es clara: el Periodismo Científico está llamado a ser una de las estrellas informativas de nuestro tiempo más cargadas de contenido y... de emoción, porque comunican todos los descubrimientos que están cambiando las vidas y la estructura social de una parte de la Humanidad. Gracias a los avances del conocimiento, mu-

chos millones de personas viven en unos niveles de salud y bienestar que hace sólo un siglo o menos aún, solamente podían ser alcanzados por los poderosos de la Tierra. Pero ni los conocimientos, ni la cultura, ni el bienestar, ni la riqueza, ni la información, están distribuidos equitativamente. La mitad de la población mundial vive todavía sometida a las antiguas y penosas servidumbres de la inseguridad, la pobreza y la ignorancia.

En mis textos y libros sobre esta especialidad informativa de nuestro tiempo, y en mi tesis doctoral sobre este mismo tema, de próxima publicación, trato de estimular a científicos y comunicadores para que las empresas y los medios se tomen en serio la construcción de esta nueva sociedad de la información basada en la difusión del conocimiento para todos.

MANUEL CALVO HERNANDO

Aspectos del paraperiodismo

La tecnología moderna, con su facilidad para la intercomunicación, los teléfonos móviles y los encuentros por pantalla, ha producido necesariamente un impacto que remueve estilos y maneras en el periodismo actual. Ahora es más fácil acceder a él y practicarlo sin los esfuerzos o el deseo de una impronta personal. La ma-

sificación de la carrera, la disminución de exigencias en su práctica diaria y la liberalidad de procedimientos dan lugar a ese 'paraperiodismo' que aquí se refleja.

Es una modalidad barata y al alcance de todos. Así como se han implantado los establecimientos de parafarmacia, que no son farmacias,

también vemos difundirse por la actualidad de nuestros tiempos un parraperiodismo, que no es periodismo. Por sus raíles nos llegan ahora, a menudo, un trabajo de recaderos, una apoteosis de la política y muchos textos sin alma. Es decir, deshumanizados. Cuando precisamente una de las más bellas tareas del periodismo era humanizar la letra, llenar sus trazos de animación y presentar estampas vivas. Los antiguos diarios no admitían arqueología. En sus páginas, todo nos llegaba palpitante.

El periodismo de investigación es una asignatura suculenta. Más que asignatura, es un doctorado completo. Nuestra reverencia para él. Pero no llamemos periodismo de investigación al reportaje. Han decaído tanto la clase y buenos hallazgos del reportaje que en realidad éste ya no existe como obra de autor. El reportaje debe entrar con audacia en un tema original, descubrirlo, exponerlo y hacerlo relucir. Es obra de autor. Pero mucho de lo que ahora llaman reportaje consiste en mera información, que podría ir sin firma, como antes carecía de ella todo relato de actualidad obligada.

Adictos al Gabinete. La entrevista está clínicamente muerta. La substituyen cuestionarios, contestados casi siempre a distancia. Nadie nos ofrece el retrato del personaje, su escena, sus manías y su aura personal. Cuando hay que presentar una figura, se escribe de ella un apunte biográfico,

más o menos agujereado. No se hacen ya semblanzas talladas a cincel.

En vez de comprobaciones que el periodista tiene obligación de efectuar, se nos presentan testimonios recogidos al dictado. El periodista desdén hoy recorrer aceras, pluma en ristre. No goza descubriendo temas grandes o pequeños. Visitará, en cambio, oficinas y gabinetes de comunicación, preferiblemente a través de pantalla impersonal, para que le den la nuez del asunto, ya pelada y cocida. Ha renunciado a garantizarla él.

Y, sobre todo, acude a los políticos. No puede o no sabe prescindir de ellos. Ha convertido los periódicos en hogares confortables de la madeja política. Así, esa madeja y todos los que la enredan y desenredan, pueden habitar siempre en suntuoso escaparate, cuando realmente lo que busca el lector es lo que pasa en la vida. Y no la vida entera estancada en la política.

Latigazos del horario. Los tiempos se suceden. Después del atardecer viene el anochecer, y sólo entonces llegará la noche. Así es para todo el mundo. Mas al periodista suele ocurrirle que pierde, desvanecida, una de esas etapas del tiempo. O dos, o cuatro, o todas. En pleno hervor de su tarea, sólo existe la hora del cierre. Hacia ella encamina su actividad. Los espacios que la preceden quedarán convertidos en túneles abiertos hacia la única salida posible: hay que trabajar y manejar pantalla, acosar

despachos, recorrer ahora los gabinetes más que la calle y confirmarlo todo, con la vista puesta en la hora del cierre. Hoy es hoy. Pero el día siguiente no será mañana, sino un anteaer viejo del todo.

Reivindicar horarios para nuestra tarea e intentar ajustes a tiempos preestablecidos es pasarse hacia otras actividades profesionales. O caer en el paraperiodismo. Casi podríamos erigir también la teoría de que cuanto en nuestras ciudades mantiene sus horarios fijos, resulta inicialmente ajeno al periodismo. Éste se espabila y aguza los sentidos, en cambio, cuando percibe que el hipermercado, el museo de pinturas o la delegación de Hacienda no han cerrado a su hora: la anormalidad enciende luz roja en el bloc del verdadero periodista, mucho más pronta y brillante que en la pantalla del ordenador.

La sorpresa como aliada. Horarios y ritmos fijos producen desinterés. ¿Por qué, entonces, nos empeñamos en mantener cuadrulado el latido del periódico y el aspecto de cada uno de sus ejemplares? La llegada del AVE a su hora, la sesión de las Cortes, la jornada del ministro, la cadencia del metro suburbano y las pláticas de los políticos no interesan en absoluto al lector, mientras no lleven sorpresa dentro. Sorpresa, se entiende, capaz de sorprender –como su nombre indica– a todos los lectores ajenos a dichos campos.

Porque, de lo contrario, andare-

República, periodismo y literatura

Javier Gutiérrez Palacios,
992 páginas, 48 euros.

Cinco años de la historia de España (1931-1936) a través de los artículos de 68 autores. Entre ellos, Azorín, Baroja, Camba, Unamuno, D'Ors, Pérez de Ayala, Alberti o Cernuda.

DE VENTA EN LA A.P.M.

República, periodismo y literatura

LA CUESTIÓN POLÍTICA EN EL
PERIODISMO LITERARIO DURANTE
LA SEGUNDA REPÚBLICA ESPAÑOLA



Javier Gutiérrez Palacio

tecnos

APM

mos creando un circuito vicioso. Nos convertiremos en transmisores de naderías y mensajes caseros pertenecientes a la interioridad de un grupo político, empresarial, mundano, filosófico o escénico. Naderías del respirar monótono que ellos, sus protagonistas, consideran muy importantes. Pero que es mera calderilla de absoluta pobreza informativa. Mientras tanto, vemos cómo se quedan sin reportero los horarios que quebraron, las anomalías de la vida dispar y las grandes o pequeñas sorpresas de una ciudad, la nuestra, en la que nunca supimos ser enviados especiales.

Epidemia de comunicados. Los comunicados nacieron con empaque de gran noticia. Cuando surgía uno, todas las redacciones se conmovían y el periódico lo sacaba en primera página. Tratábase, probablemente, de una declaración de guerra o del relevo del primer ministro.

Ahora, los comunicados los emiten hasta los secretarios del comisario de distrito. E incluso los vecinos de mi escalera. Y lo que es peor, nos hemos acostumbrado a verlos publicados como noticia. De igual forma, todos los sucesos grandes o pequeños, aparecen en televisión descritos y comentados por el caballero que pasaba, la mujer que vendía helados cerca del lugar de los hechos o el taxista que oyó la explosión desde su coche en la parada.

Dichos redactores gratuitos acceden a la pantalla con su busto en pri-

mer término, durante larga fracción de tiempo. Para sí quisieran una publicidad semejante muchos diputados que ven transcurrir dos o tres legislaturas enteras sin que ninguna televisión saque jamás su imagen. El transeúnte que presenció como perseguían los guardias al atracador emite su comunicado televisivo, generalmente torpe de expresión, cansino en sus términos y nada original en detalles. Su rostro aparece circundado por otros transeúntes como él, que procuran entrar en el encuadre y hacer señas para que sus familiares les distinguan cuando sea emitido el telediarrio de mediodía.

Agonía del relato. A esa sima nos lleva la abdicación de nuestras funciones. No creáis que estamos en ninguna edad de oro de los comunicados. Al contrario, se han popularizado tanto, desde la tenencia de alcaldía hasta la portera del inmueble, que entre todos ocultan, como una nube de insectos, la prosa de los buenos relatos y la descripción de los hechos presentada con gradación periodística y armonía de relato elocuente.

A este paso, en un futuro nada remoto, quizá podamos ver las crónicas de fútbol transformadas en comunicados que suplanten a los relatos de los redactores. Después del partido se emiten dos comunicados, uno de cada equipo. Y los especialistas discuten sobre ellos. No estamos ya demasiado lejos de ese absurdo objetivo.

JOSÉ MARÍA CRUZ ROMÁN